

Abraham Santibáñez



EN DEFENSA DEL PERIODISMO

Discurso de incorporación
Academia Chilena de la Lengua

3 de agosto, 2009

Señor Director de la Academia Chilena de la Lengua, don Alfredo Matus Olivier; señor Gilberto Sánchez, vice Director; señor Secretario, don José Luis Samaniego; señor Censor, don Juan Antonio Massone; señores académicos, amigos, profesores universitarios y colegas periodistas y miembros de mi familia presentes. Les agradezco a todos ustedes la oportunidad de estar aquí esta tarde, en lo que ciertamente constituye para mí una coronación de mi carrera profesional y como profesor de generaciones de estudiantes de periodismo. Son ustedes quienes me han ayudado en mi labor como periodista y me han alentado a seguir este camino con no pocos problemas, pero muchas satisfacciones. Mi incorporación a esta Academia es, sin duda, la mayor de todas.

Gracias.

.En esta solemne ocasión, pretendo hacer un aporte personal a la comprensión del trabajo del periodismo y a su eventual valorización o revalorización.

Pocas actividades legales son tan criticadas. Pese a que laicos y religiosos, derechistas o izquierdistas, hombres y mujeres consideran positiva y necesaria la libertad de expresión y así lo proclaman, la mayoría de las personas mira el periodismo en forma muy negativa.

Peor aún, el periodismo y los periodistas no tienen buena fama. Muchas veces son vistos, apenas, como un mal necesario. Se los acepta, pero se critica su falta de rigor, la poca responsabilidad ética, la mirada siempre impertinente e intrusa y el pesimismo constante.

Este año, al comenzar las clases, en una Escuela de Periodismo, una profesora preguntó a los estudiantes recién llegados acerca de la reacción de sus padres cuando les expresaron su deseo de estudiar periodismo. Todos, contó ella, dijeron que habían tratado de disuadirlos.

Los argumentos se repiten. Algunos son de orden económico: “Se gana poco”, “son unos muertos de hambre”. Otros se refieren a la falta de prestigio: “Se levanta una piedra y sale un periodista”. Se cuestiona su existencia misma: “los periodistas no son necesarios”, “no se ocupan de las cosas importantes”, dicen, parodiando inconscientemente al Principito de Saint-Exupéry.

El escándalo de la fiesta con la cual culminó el Festival de Viña del Mar, este año, fiesta solicitada por los propios periodistas a un pródigo millonario de la plaza, manchó con una marca ingrata la mala imagen de la profesión.

No siempre fue así.

En el mundo y en Chile hay sobresalientes ejemplos de periodistas que gozaron del respeto y de la admiración de sus conciudadanos.

En nuestro país, la historia se inicia con el sacerdote patriota que, en 1812, puso en marcha “La Aurora de Chile”, convencido de que era una valiosa herramienta para defender los derechos humanos y difundir los ideales de democracia y libertad. Lo sostuvo fray Camilo Henríquez desde

el “prospecto” con que se anunció la publicación en febrero de 1812:

“Está ya en nuestro poder, el grande, el prezioso instrumento de la ilustracion universal, la Imprenta. Los sanos principios, el conosimiento de nuestros eternos derechos, las verdades solidas, y utiles van â difundirse entre todas las clases del Estado. Todos sus Pueblos vãn â consolarsse con la frecüente noticia de las providencias paternales, y de las miras liberales, y patrioticas de un Gobierno benefico, provido, infatigable, y regenerador. La pureza, y justicia de sus intenciones, la imvariable firmeza de su generosa resolucion llegará, sin desfigurarse por la calumnia hasta las estremidades de la tierra. Empezará a desaparecer, nuestra nulidad politica; se irá sintiendo nuestra existencia civil: se admirarán los esfuerzos de una administracion, sagáz, y activa, y las marabillas de nuestra regeneracion. La voz de la razon, y de la verdad se oyrán entre nosotros despues del triste, é insufrible silencio de tres siglos”.

Desde entonces, a lo largo de casi dos siglos, el periodismo chileno ha tenido insignes cultores. Hay nombres que probablemente todos nosotros recordamos con reverencia. Lenka Franulic, Luis Hernández Parker, Ramón Cortez, Juan Emilio Pacull, Mario Planet y una legión de distinguidos comunicadores del siglo pasado. En su libro “Maestros del Periodismo”, Juan Ramón Silva y Alfonso Calderón recogieron la vida y la

obra de 36 profesionales, incluyendo algunos escritores “que tuvieron luz propia como excelentes periodistas”. Y también se debe anotar que ha habido notables académicos o políticos, servidores públicos, en suma, que incursionaron o desarrollaron su vida profesional como periodistas: Carlos Silva Vildósola, Agustín Edwards MacClure, Eliodoro Yáñez, Ismael Edwards Matte. Y hay, por cierto, muchos otros nombres que mencionar, incluyendo algunos que llegaron antes que yo, y con más méritos, a este salón.

Desde esa época que muchos recordamos con nostalgia, hemos vivido cambios profundos. Hoy, por múltiples razones, en especial pero no solo por la revolución tecnológica, estamos frente a un panorama totalmente diferente al de entonces.

Para comprender cabalmente estos desafíos, es necesario mirar hacia el pasado reciente. En una oportunidad anterior escribí, porque así lo creo firmemente, que los años de dolor y esperanza que precedieron el retorno a la democracia en 1990, marcaron a nuestra generación. En la alborada democrática nos vimos enfrentados abruptamente a nuevas realidades tecnológicas. Por un largo tiempo –desde antes de 1973- los periodistas y los medios chilenos vivimos casi exclusivamente preocupados de la supervivencia de la libertad de prensa.

En el gobierno de Salvador Allende, aunque hubo muchas amenazas y algunas se concretaron, a pesar de todo, prevalecieron los principios. Entonces, conforme la mejor tradición democrática, los chilenos dimos muestras de nuestro profundo apego a la libertad de expresión.

Desde el punto de vista de los periodistas, la situación en esos años se resume en que, si bien no teníamos una democracia perfecta y, por lo tanto la prensa se resentía de algunas limitaciones, gozábamos de un alto grado de autonomía. Y, mejor aún, existía en nuestra sociedad un real respeto por la profesión y los profesionales, acrecentado desde la creación, décadas antes, del Colegio de Periodistas y de las primeras escuelas universitarias de periodismo.

Debe reconocerse, sin embargo, o reiterar algo ya dicho por otros autores y también por mí: en el torbellino que precedió al golpe militar, la prensa apareció a los ojos de muchos compatriotas como la responsable de la crisis. Mi opinión es que los periodistas no fuimos culpables de haber desatado pasiones que se hicieron incontrolables. Pero, hay que reconocer que en medio del huracán, optamos por privilegiar la libertad por sobre la responsabilidad.

Igual que la gran mayoría de los chilenos, estábamos convencidos de que esas cosas -golpes de estado, dictaduras militares, violaciones sistemáticas de los derechos humanos, incluyendo la supresión de las libertades de información y de opinión- no podían ocurrir en Chile y que nuestra democracia era firme y resistente, sin requerir de mayores cuidados.

Duro fue el despertar, como sabemos ahora. “Esas cosas” sí podían pasar y sí pasaron en Chile. Y entre quienes sufrimos todo su rigor estuvimos los periodistas.

Un alto precio

Desde el mismo 11 de septiembre de 1973, una parte importante de nuestra prensa fue borrada de un plumazo. Y en los años siguientes, con intensidad variable, experimentamos otros rigores: censura, autocensura, obligación de pedir autorización para nuevas publicaciones, presiones encubiertas o desembozadas, persecuciones, torturas, exilio y también detención y desaparición de periodistas.

Lo más grave, sin embargo, para hacer corta esta historia, es que de ese largo túnel no salimos, como estamento profesional, efectivamente fortalecidos en nuestras convicciones más esenciales. Tampoco crecimos en imagen ante la opinión pública.

Agreguemos a esta pérdida de nuestra imagen como prestadores de un irremplazable servicio público, el desconcierto que nos produjo el “shock” del futuro, cuando nos golpeó a la salida del túnel. Las todavía incipientes nuevas tecnologías ya tenían, en la década de 1990, un impacto más profundo que el que nunca imaginamos.

De a poco al principio, brutalmente más tarde, en el mundo y en Chile, se impuso el convencimiento de que la revolución de las comunicaciones, que ya es un lugar común, no alcanza sólo la información o permite una mayor expedición en ciertas tareas. Es un cambio profundo en la sociedad, que afecta en todo sentido: no sólo en la manera cómo nos informamos, sino cómo trabajamos, nos educamos, nos entretenemos y cómo ejercemos

nuestros derechos y deberes en sociedad y en democracia.

El cambio no es fácil ni es automático. Pero es inevitable y necesario.

La posibilidad que nos ofrecen las nuevas tecnologías apunta a mejorar, como nunca antes, nuestra capacidad de informarnos, de seguir atentamente los procesos, de tener acceso a más información, sin duda ello es la base de una mejor convivencia y un mejor ejercicio democrático.

Con mucha razón el profesor Juan Antonio Giner, hace ya algunos años, cuando este proceso recién se insinuaba, bautizó las novedades que surgían como las “tecnologías de la libertad”.

Multimedialidad

Lo más llamativo es que el periodismo ya no depende de una imprenta, a veces tan rudimentaria pero eficiente como la que usó fray Camilo Henríquez para “La Aurora de Chile”, hace casi dos siglos.

Hoy, tenemos de todo.

El periodismo es una forma de **comunicación**. Bajo el gran paraguas de la **comunicación**, el periodismo es un servicio a la comunidad. Mantenerla informada de lo bueno y de lo malo, de los peligros, amenazas y también de los beneficios que se aproximan es una tarea básica. Se ha ejercido desde antes que existieran los profesionales de la información mediante las “actas” de los romanos y los informales *grafitti* de algunos comentaristas improvisados que todavía se conservan en las murallas de Pompeya. Es lo que han hecho desde siempre los vecinos que

comentan junto al fogón o al terminar la cosecha, y también los pregoneros y los primeros panfletos impresos, casi siempre anónimos.

Desde entonces, desde esos lejanos comienzos, ha corrido mucha tinta por el papel y muchas voces han llenado el espacio radial, reforzados por las imágenes de la televisión y – ahora- por la multimedialidad de Internet.

El periodismo enriquece... y empobrece nuestro idioma.

El periodismo, como disciplina, se caracteriza porque quienes lo ejercen han optado tradicionalmente por la práctica, sin preguntarse siquiera cuales son las leyes que eventualmente gobernarían su desempeño. Sólo a fines del siglo XIX y comienzos del XX, probablemente como resultado de la creación de las primeras Escuelas de Periodismo, se hizo un esfuerzo por sistematizar los fundamentos de la profesión. Desde entonces, en todos los textos de enseñanza se trata, por ejemplo, de la estructura clásica de una información (la pirámide invertida) o se mencionan los “elementos” que permiten jerarquizar una noticia, aparte de las respuestas a las preguntas básicas: qué, quién, cuándo, cómo, dónde y porqué.

También se intentó hacer una separación entre información y opinión, géneros a los cuales se agregaría más tarde el Periodismo Interpretativo. Pero, a pesar de algunos esfuerzos aislados^[1], no se puede hablar de una “Teoría del Periodismo” porque nunca estos aspectos se han integrado en “un esquema o sistema de ideas”.

1 Enrique de Aguinaga. “Hacia una Teoría del Periodismo”.

Tampoco se han planteado como hipótesis que se pudiera comprobar.

La causa es, como ya se dijo, esa percepción profundamente arraigada en los periodistas que, por generaciones, han sentido que lo suyo es un ejercicio práctico. A ello se debe la dificultad de establecer, tal como ocurría en Chile a mediados del siglo XX, si se nacía periodista o era posible “hacerse periodista”, debate clave al momento de la creación de las escuelas universitarias.

Pero además ha influido en esta falta de profundización el hecho de que, a lo largo del siglo XX, sobre todo en su segunda mitad, se observó un vigoroso desarrollo de la teoría de la comunicación, con lo cual los periodistas se sintieron relevados de la responsabilidad de tener una teoría de respaldo para su actividad.

Más tarde surgió un problema mayor. Llegó a pensarse que los periodistas estaban amenazados de extinción. O podrían ver reducido su papel al de meros recolectores de información, renunciando a su tradicional responsabilidad de seleccionar y jerarquizar las noticias.

El “interés personal”

Quien planteó con mayor lucidez este duro diagnóstico fue Nicholas Negroponte, creador del Media Lab del MIT y guía espiritual e intelectual de millones de adictos a la computación en el mundo entero.

En Ser Digital [2] Negroponte sostuvo que “*en lugar de leer lo que otros creen que son las noticias y lo que otros justifican como digno*

del espacio que insume, la digitalización cambiará el modelo económico de la selección de las noticias, hará que el interés personal de cada individuo desempeñe un rol más importante y utilizará incluso información que hoy es descartada en la sala de armado (del diario) por considerársela de escaso interés popular”.

En esta afirmación hay una buena parte de verdad. Todos los días, en los diarios impresos se pierde gran cantidad de información, simplemente porque la necesidad de satisfacer a un público vasto y variado lo hace inevitable. Los editores se ven obligados a distribuir de manera más o menos simétrica los espacios dedicados a cada tema y a cada sección, con lo que mucho del reportaje queda en los apuntes del periodista o en sus borradores. Las estimaciones sobre cuánto material se aprovecha en un diario-soporte-papel van desde el diez por ciento a la mitad del material recopilado en cada jornada.

En cambio, un diario digitalizado, “personalizado”, puede responder mejor a los intereses de cada lector, sin aumentar los costos, con solo aprovechar el trabajo de todos los días de los periodistas y agregar material de archivo y conexiones a otros medios y a otras bases de datos.

Este diario, sin embargo, podría encerrar un gran peligro: ignorar hechos que no se consideraron como necesarios o convenientes de conocer o se rechazaron de antemano por incómodos o desagradables. Así, el “diario perfecto” tendría un gran pecado original: dejar a sus lectores al margen de información importante, vital para el correcto funcionamiento de la sociedad. Términos como “solidaridad”,

2 Nicholas Negroponte. Ser Digital. Ed. Atlántida. Bs. As. 1995

“democracia” o “responsabilidad social” no se condicen con este diario automatizado que cada lector podría crear a imagen y semejanza de sus intereses.

De este modo, lo que inicialmente era apenas una consecuencia de la forma de trabajo del periodista (su inevitable papel de mediador entre la fuente noticiosa y el lector, auditor o tele-espectador), ha terminado por convertirse en parte esencial de su tarea. El periodista es, desde luego, un comunicador. Pero, a diferencias de otros, lo suyo se ejerce en un plano bien delimitado con responsabilidades muy precisas.

Esto se ha hecho más evidente con la irrupción de nuevas tecnologías, en especial la digitalización de datos y su transmisión en redes.

La gran diferencia

La primera interrogante del nuevo mundo de las tecnologías digitales es la misma que de tiempo en tiempo preocupa a la humanidad cuando aparece una nueva máquina o un nuevo invento y que algunos pensadores bautizaron como “el mito de Frankenstein”: ¿quién controla a quien?

A comienzos de 1999, en una reunión de profesores de periodismo organizada por The Freedom Forum en San Francisco, el comentarista Jon Katz, planteó crudamente -aunque en una nueva formulación- los viejos temores. La diferencia de la revolución del Internet y la revolución industrial, dijo, es que el Internet "*se ha convertido prácticamente en un organismo vivo debido a que crece y se expande más allá de toda posibilidad humana de controlarlo*".

Y agregó: "*Esto ha tenido un gran impacto en el periodismo en el sentido de que cualquier persona con un computador puede virtualmente tener a su disposición toda la información del mundo. La pretensión de definir lo que es un periodista... se hace cada día más difícil*".

No solo eso, mientras se avanza en materia de desarrollo tecnológico, surgen nuevos problemas. Hay un potencial para el uso equivocado de estas nuevas posibilidades, según ha precisado el profesor John Pavlik, que "*obliga a las escuelas de Periodismo a ser cada vez más estrictas en la formación ética de sus alumnos*".

Es evidente que lo que previamente fue tema de algunas áreas de la formación superior, ya lo es de todas.

Lo aseguró el profesor chileno Jaime Sánchez hace ya algunos años [3]

“Esta era (la “Era Informática”), marca el inicio de una nueva cultura, con nuevos valores, nuevos requerimientos de capacidad y destrezas, nuevas instituciones, inéditas carreras y profesionales, así como un nuevo sistema educacional...”

En esta búsqueda de nuevas respuestas a problemas inéditos, el trabajo necesariamente debe emprenderse en forma conjunta, entre periodistas, pedagogos, médicos, psicólogos, ingenieros y otros especialistas. Ello, lejos de ser

una incomodidad [4], puede brindar inesperados beneficios.

La esencia y el fundamento

Una investigación interdisciplinaria realizada hace un tiempo en la universidad donde he trabajado en los últimos decenios, nos permitió reafirmar algunas ideas de larga data en el periodismo: la labor periodística, aparte de ser esencialmente un servicio, obedece a normas establecidas, basadas en años de experiencia, que determinan usos y jerarquías.

Esto no ha cambiado con la aparición de nuevos recursos tecnológicos. Al contrario, se ha hecho más exigente. Así lo demuestran ejemplos como el de la publicación del Informe Starr en Internet, en septiembre de 1998, cuando fue conocido simultáneamente en todo el mundo, dejando a los periodistas un terreno de maniobra muy estrecho, obligados a efectuar un análisis de su contenido con más celeridad que nunca, pero con clara conciencia de que cualquier error o descuido podría ser detectado de inmediato por el público.

La credibilidad ha sido desde siempre la base de toda reputación periodística perdurable y lo sigue siendo.

La otra gran lección asociada a la incorporación de las nuevas tecnologías tiene que ver con la responsabilidad social de los medios.

Por tradición, especialmente los medios escritos, han estado a cargo de colocar sobre el tapete de la actualidad los temas de discusión. Eso

que el profesor Maxwell McCombs bautizó como “*agenda setting*” no ha desaparecido, aunque no siempre se aprecie debidamente. De hecho, en un mundo tan saturado de noticias como lo es el actual, la necesidad profesional de que un periodista analice lo actual y plantee los temas más importantes se ha hecho más urgente.

La noticia en el pajar

Varios autores han coincidido en esta apreciación. Entre ellos el especialista norteamericano en Ética, Dr. Rushworth Kidder. En una entrevista realizada aquí en Chile, hace algún tiempo, Kidder, fundador y presidente del Instituto para la Ética Global, fue confrontado acerca de este punto [5]:

-¿Qué va a ocurrir en el futuro, cuando todo el mundo, gracias a Internet u otro tipo de red, esté conectado y tenga acceso a la información? ¿Quién va a asumir la responsabilidad social de la prensa; el papel que a los periodistas nos gusta destacar de la labor de la prensa? ¿Ha pensado Ud. en eso? Porque es otro subproducto de las nuevas tecnologías.

“Si en esta habitación Ud. no tuviera nada, ningún mueble, nada y yo tratara de esconder una aguja, ello sería muy difícil. La mejor manera de esconder una aguja es no tener sólo una aguja: es tener una aguja y taparla con un montón de paja. ¿Correcto? Esa es la manera de lograr que sea prácticamente imposible encontrarla. No porque esté en un rincón, sino porque hay tantas cosas más encima y a su alrededor que no hay cómo hallarla. Eso, según

4 El diario (sin tinta ni papel) del futuro. U. Diego Portales. Santiago de Chile. 1999

5 Ver: Reflexiones Académicas N° 8, Facultad de Ciencias de la Comunicación e Información. U. Diego Portales.

me parece, es lo que ocurre con Internet. El peligro no es que nos quedemos sin la información que necesitamos; el peligro es que tengamos tal cantidad de información que nadie, ningún individuo pueda usarla, pueda encontrar lo que busca.

“El trabajo de un editor, en el futuro, va a ser aun más importante que ahora. El trabajo del editor va a consistir en extraer, a través de todas estas enormes cantidades de información, las dos o tres cosas que él crea que el público debe conocer y lograr que la atención del público se concentre en ellas. Y, luego, las 10 ó 20 informaciones que sería conveniente que conociera; además habrá 40 ó 50 cosas más en las cuales alguna gente estará interesada. El trabajo de los editores será poner en orden todo esto.

“Hay alguien, el proveedor de información, cuya tarea será tratar de convencerlo de que su información es lo más importante del mundo y Ud. tiene que tenerla. Cuando Ud. tenga cuatro mil informaciones, a través de Internet, Ud. va a decir: ‘Me rindo. No puedo manejar todo esto’. Entonces Ud. va a recurrir a algún tipo de publicación, electrónica o en papel, lo que sea, que le ponga en orden todo este material y le diga qué es lo importante y qué no lo es tanto”.

La información, hoy

Luego de años de avances en tecnología, informática y comunicaciones, hemos sido testigos de una explosión del flujo de la información que manipulamos a diario. Pero ello no necesariamente se traduce en que el público -o

los públicos, si se prefiere- estén mejor informado(s).

Lo anterior tiene que ver, sobre todo, con el servicio que han estado prestando hasta ahora los medios. En general la información, como lo muestran la TV y el cable, tiende a aparecer como un producto secundario, en el que prima la imagen espectacular sobre el contenido. Salvo hechos de gran impacto o de gran trascendencia, el interés por la información es escaso.

La sociedad, sin embargo, requiere de información; necesita de la difusión de algunos hechos vitales para el correcto funcionamiento de las instituciones democráticas; le es menester el conocimiento y difusión de valores universalmente aceptados y su aplicación y efectos en la vida cotidiana; requiere de la promoción de las bellas artes, como una manera de elevar el espíritu e incentivar la creación intelectual y artística. Pero ello no siempre se entiende y, desde luego, no se produce de manera automática.

No hay, en la actualidad, una información exacta del número de medios que están en Internet. Un buscador ofrece “diez mil diarios”, pero a ellos habría que sumar los que no tienen como base un medio en papel y los que corresponden a medios audiovisuales: radios y canales de televisión.

En Chile, la lista de medios colocados en la “web” que tímidamente empezó con una versión de La Tercera que más parecía un largo fax semanal, tuvo un poderoso impulso cualitativo con La Epoca. Pero ya en el momento de su desaparición, habían reaccionado vigorosamente

tanto La Tercera como El Mercurio. Aunque han seguido distintos caminos, las dos principales empresas periodísticas desarrollan importantes sitios en la red. Copesa cubre con su alero los diarios La Tercera y La Cuarta, además de la revista Qué Pasa y emisoras radiales. El Mercurio (www.emol.com), ha puesto en la red a todos sus periódicos, incluyendo los Diarios Regionales, dos cadenas de radios digitales y el equivalente a un canal de televisión. Las revistas, los canales de televisión y prácticamente todas las radios están hoy disponibles en el espacio cibernético.

Todo esto no significa, sin embargo, que todos los “internautas” busquen información periodística cuando se internan en la red. Diversos estudios señalan que los más jóvenes, aparte de buscar ayuda para sus estudios, navegan principalmente en busca de entretención (música, juegos, blogs, “chats” y fenómenos tan nuevos como facebook, twitter o you-tube), mientras un número creciente de personas ha descubierto el comercio electrónico o la posibilidad de hacer negocios en la red.

Y, como se empieza a tomar conciencia, hay problemas legales y éticos que apenas se vislumbran. La digitalización de imágenes, por ejemplo, permite alteraciones que nunca imaginaron los retocadores de fotografías del pasado. Se pueden agregar o eliminar personas de una foto o video, se puede envejecer o rejuvenecer a los personajes de archivo, se los puede colocar en lugares o situaciones en los que nunca estuvieron.

A ello, precisamente, se refería John Pavlik en su momento y ése es un tema que todavía está por explorarse. Y no es sólo un tema

periodístico. También los estudiantes –de cualquier disciplina, en cualquier nivel- han descubierto que los trabajos de “investigación” que muchas veces les resultaban tediosos e insoportables, se alivian notablemente gracias a la ayuda que pueden encontrar en la red. El problema es que muchas veces por esta vía sustituyen la legítima investigación por un cómodo sistema de “marcar, copiar y pegar”, sin que los contenidos les sirvan de algo.

Todo lo anterior nos lleva a la única conclusión definitiva: nada hay seguro en esta materia. La tarea es seguir profundizando, experimentando y, sobre todo, reflexionando. Un punto importante, además de la reflexión sobre el periodismo en este tiempo, es lo que todo ello implica en la enseñanza de la profesión.

Hoy, más que nunca, el periodista debe ser un profesional múltiple, capaz de hacer su trabajo en una variedad de medios posibles. Al revés de lo que ocurría en los diáfanos años 50, cuando recién abría sus puertas la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, alojada en el edificio que generosamente donó doña Clara Rosa Otero, el mundo del periodismo era prácticamente bidimensional: texto y sonido. La televisión era todavía un fenómeno lejano, como reconoció el maestro Ramón Cortez en su clásico texto de Introducción al Periodismo, y el cine, como posibilidad de realización periodística, existía, pero no estaba al alcance de todos....

Hoy, en cambio, la situación ha variado excesivamente.

En pocos años, nuestro horizonte profesional ha dado una voltereta hasta entonces

nunca imaginada. La ventaja del periodista, seguro en su posición de árbitro y administrador soberano de la noticia, mimado por las fuentes, enaltecido por los públicos, empezó a tambalear y nos enfrentamos a una ineludible exigencia de hacer nuestro trabajo mejor que nunca antes, sin ninguna atenuante frente a los posibles errores o insuficiencias.

Hablamos de la función más elemental del periodismo, aquella que se puede definir como un servicio a la comunidad y que tiene siglos de historia: recopilar información, procesarla, jerarquizarla y darla a conocer, difundirla.

Todos los días, debido a que continuamente se coloca material en el ciberespacio sin que los periodistas lo hayan conocido previamente, comprobamos que la gran ventaja del periodista que podía trabajar con la tranquilidad de quien está seguro de que nadie - salvo otro colega- se le puede adelantar, se ha perdido para siempre.

La premura de la hora de cierre ha sido un componente insoslayable de la existencia de los periodistas de todos los tiempos. Cuando solo había medios escritos, las grandes noticias de última hora se convertían en ediciones extraordinarias, o, como lo prueba la fundación de Las Últimas Noticias, en 1902, hace más de un siglo, o de La Segunda, en 1930, la actualidad que perdían los matutinos la podían recuperar los diarios del mediodía o de la tarde.

El panorama, ya lo sabemos bien, se complicó con la aparición de la radio en Chile, hace más de 80 años. Y el proceso informativo se aceleró más con la televisión, que entró

definitivamente a Chile por la puerta ancha del Mundial de Fútbol, en 1962. Pero el golpe definitivo lo dio la red de redes. Nombres, fechas, situaciones que por siglos y siglos fueron manejados por los periodistas con una reserva comparable a la de los alquimistas y sus mágicas fórmulas, perdieron de pronto todo misterio...

Y, si todavía nos hacía falta una demostración adicional de que estamos en un mundo nuevo, lo que ocurrió en septiembre de 2001, como dijo Dominique Wolton, sociólogo del Centro Nacional de Investigación Científica de Francia, fue la confirmación definitiva: *“Por primera vez en la historia, dijo, un incidente bélico tuvo lugar de manera simultánea con la información”*.

El hecho y la información ocurrieron al mismo tiempo. Millones de personas, en todo el mundo, vieron el 11 de septiembre de 2001 como el segundo avión secuestrado se estrellaba contra la torre sur del World Trade center en Nueva York, en una espectacular demostración de eficiencia de los informadores... y de notable capacidad de “producción” del evento por parte de los terroristas.

¿Significa todo esto que el periodismo ha perdido su razón de ser?

Hay quienes creen que sí. Y con buenas razones. Citemos nuevamente a Nicholas Negroponte:

“Imagínese un futuro en el cual su agente de interfaz pueda leer todos los telegramas de las agencias noticiosas y todos los diarios, captar todas las estaciones de radio y televisión del mundo y armar un sumario personalizado...”

¿Qué tal si un diario estuviese dispuesto a poner todo su plantel de periodistas a sus órdenes, para que le preparen una edición a su medida?...”

Ya lo dijimos al comienzo. Este *Diario Mío (Daily Me)*, pese a sus muchas ventajas, tiene un defecto capital: se olvida de que el periodismo no es solo un canalizador de informaciones al servicio de los intereses de cada persona, sino que tiene que ver con la sociedad en su conjunto.

No se trata de dar solamente las buenas noticias. También las malas noticias, que seguramente serían excluidas sistemáticamente en una selección personalizada. Ello impediría conocer las catástrofes, las necesidades de las personas que viven en condiciones de marginalidad y, como hemos visto muy dramáticamente en estos años, las denuncias sobre corrupción, en cualquier ámbito, desde el político y administrativo hasta el religioso.

Un diario “a la medida” podría ser peor que no tener información, ya que me encerraría en mi torre de marfil, como ocurría en el viejo sistema soviético o en cualquier dictadura de nuevo o viejo cuño, donde no se caen los aviones, no hay accidentes del tránsito ni epidemias o pandemias y nunca se sabe de una denuncia por corrupción... hasta que es demasiado tarde o los protagonistas ya están muertos o han perdido el favor oficial.

El mandato ético de entregar información en forma “veraz, leal y oportuna” no se cumple mediante máquinas automatizadas, por perfectas que nos parezcan. Sólo lo pueden hacer los seres humanos empeñados responsablemente en la tarea.

Precisamente la lección de estos hechos es que hoy, más que nunca, se requiere de profesionales capacitados para entender los grandes fenómenos humanos, sociales y políticos de nuestro tiempo. Porque la sociedad necesita de información y los profesionales que pueden proporcionarla de manera organizada, comprensible, útil, somos precisamente los periodistas.

Esta es la primera enseñanza.

La segunda es que, en este mundo intercomunicado, tan lleno de información pero igualmente saturado de chatarra noticiosa, colocada con buena o mala intención, hay alguien que debe ser capaz de seleccionar, cuyo oficio es precisamente ése. Y para ello estamos los periodistas.

Y esta información debe ser confiable, asentada firmemente en valores éticos, con respeto a la verdad, y la dignidad de las personas. Con preocupación por los derechos humanos y el desarrollo democrático.

Esa misión del periodismo, irremplazable, irrenunciable, no se cumple exclusivamente con buena voluntad. Ni siquiera con una firme vocación de servicio. Requiere de una formación consistente y sólida. Ese es el desafío para las Escuelas y para quienes enseñamos en ellas.

Nuestros estudiantes ven hoy día, desorientados, que muchos auto-denominados “comunicadores” se apoderan de los medios con un mensaje donde lo que importa es su capacidad para participar de la farándula o preocuparse del escándalo, sin respeto alguno por la intimidad

personal, confundiendo la búsqueda de la verdad con la incursión a destajo en la vida de los demás y no teniendo más criterio que el del rating o el people-meter.

No son esos los periodistas que querían formar los fundadores de las escuelas de periodismo en Chile y en el mundo.

Tampoco pretendían un periodismo descafeinado, sin alma, sometido al poder -de cualquier tipo- como si lo más importante fuera mantener la “pega” y no provocar controversia.

El periodismo y los periodistas no son simples repetidores de verdades oficiales. Son parte fundamental de la subsistencia de una democracia moderna y ello implica libertad, iniciativa para investigar y capacidad crítica. También requiere, ineludiblemente, sentido de la responsabilidad.

Como ha escrito el profesor Louis Day en la obra colectiva *La Ética periodística en el nuevo milenio*, “*más que cualquier otra filosofía, la democracia es la que mejor tiende al desarrollo de ciudadanos que actúan correctamente y contribuye al progreso humano*”.

Y agrega luego, que “*el libre flujo de información (es la) verdadera savia del proceso democrático*”.

Habría que tener cuidado, sin embargo, con olvidar los orígenes del periodismo: el trabajo práctico, el “aterrizaje” permanente en la realidad. Si el periodista, como profesional, se encierra en una torre de marfil, cualquiera sea su justificación, no sólo se aliena de la sociedad a la cual debe servir, sino que pierde su razón de ser.

No olvidemos que Guillermo Blanco quiso estudiar periodismo y, cuando llegó a inscribirse a una de las primeras escuelas de nuestro país, recibió, en cambio, la oferta de ser profesor. Es que sabía lo esencial, lo que es invisible a los ojos y que muchas veces se nos pierde entre reglamentos, comisiones y cumplimiento de tareas administrativas: “*Ser periodista es ser testigo de la vida desde dentro de la vida. Es emplear los medios de la técnica y de la ciencia para compartir entre todos, lo que aportan el esfuerzo, la imaginación, la inteligencia, la generosidad o la emoción. Es ayudar a hacer comunidad con la diversidad que se comparte...*”

Lograr que nuestros estudiantes tengan esta visión de su futuro profesional como periodistas, que lo entiendan como un servicio, que lo asimilen como una gran responsabilidad ética en un mundo sobrecargado de información, y que, al mismo tiempo, se sientan capaces de hacerlo de manera atractiva, fascinante, no importa cuál sea el soporte que empleen, es sin duda un gran desafío. En las Escuelas de este comienzo de siglo nos corresponde estar a la altura de esta exigencia.

Una última consideración. Hemos visto cómo el periodismo, o una parte de él, puede hacer grandes aportes al desarrollo democrático y ello nos llena de orgullo. La investigación y la denuncia son parte permanente del servicio que presta nuestra profesión. Pero tal vez sea necesario recordar que el auténtico ejercicio de la libertad requiere de responsabilidad.

Durante un período muy largo de nuestra historia, gran parte del periodismo falló por su

silencio, por hacerse cómplice. Hoy día nos podría ocurrir al revés: que fallamos por decir mucho y respaldar poco. El que las fuentes no den la cara se ha convertido en un vicio que al final termina por erosionar el mejor capital de un medio y de los profesionales que trabajan en él: la credibilidad.

La confianza del público sigue siendo la base de toda reputación periodística sólida. Hay aquí una enseñanza que debemos reiterar todos los días a nuestros estudiantes: reportear, reportear, revisar, revisar.... Dudar de todo, en especial de las fuentes oficiales. Comprobarlo todo, en especial, lo dicho por los voceros, quienes juegan a ser francos y terminan por no decir nada.

Superar esta etapa, no de manera provisoria, sino definitiva; revitalizar el periodismo y convertirlo de nuevo en una

herramienta democrática como la que anticipaba fray Camilo Henríquez es tarea de los periodistas y formadores de periodistas. Pero es también, y de manera fundamental, tarea nuestra: de nuestra sociedad, de nuestras familias, de nuestro colegio y de nuestras universidades.

Debemos volver a valorar el papel de la información en una sociedad democrática. La importancia de la denuncia y del elogio, del develamiento de los entresijos del poder político, económico o ideológico, del descubrimiento de las personas detrás de las noticias, de la humanidad que sufre y que tiene esperanzas, que exige sus derechos pero que peregrina, incansable, por la vida, confiando en que vendrán días mejores.

Este es, según pienso, el papel del periodismo. Por eso creo que el periodismo es una vocación, en primer lugar, y también un servicio. Sólo adicionalmente podemos considerarlo como un modo de ganarse la vida.

Muchas gracias.

Sánchez Latorre, el gran cronista

Luis Sánchez Latorre, cuyo sillón voy a ocupar y a quien debo rendir ahora homenaje, fue un escritor/periodista lleno de sorpresas.

Sus comentarios son un legado de críticas y textos en que mezclaba conocimientos e ironía. Como persona y como dirigente, tanto de escritores como de periodistas, fue invariablemente libertario, lo que en algunos momentos de nuestra vida nacional no era un ejercicio fácil. Estas características fueron agradecidas y destacadas en su momento por quienes llegaron a la Sociedad de Escritores de Chile cuando fue su presidente.

Therese Bovary lo puntualizó a su muerte: “¡Cuánto le debemos a Filebo los que fuimos jóvenes en los años 80 y él presidía la Sociedad de Escritores de Chile, y todos éramos socios de una SECH que nos representaba y nos amparaba aunque no pagáramos las cuotas”.

Filebo fue valiente en tiempos difíciles.

Benedicto González Vargas, otro nostálgico, lo evocó como un paladín libertario: “Desde la presidencia de la Sociedad de Escritores unió tenacidad, astucia y valentía. En horas de persecución, desamarró sus paradojas”.

Es que sus armas, según recordó el periodista Enrique Ramírez Capello, no fueron otras que “sus lapiceras Mont Blanc y Parker”. Con ellas denunció injusticias, defendió a perseguidos y realizó su oficio de crítico. En el diario Las Última Noticias, escribió Enrique Ramírez, Filebo “enmendaba textos, perseguía cacofonías, atajaba gazapos, rectificaba verbos

extraviados y buscaba los rigores y la excelencia del castellano culto formal”.

Cuesta agregar más elementos a este diagnóstico pletórico de opiniones coincidentes. Personalmente solo puedo decir que lo conocí en la revista Ercilla, a fines de los años 60. Lo fui descubriendo con el tiempo y creo que esta oportunidad de rendirle homenaje es el mejor momento para intentar mostrarlo en toda su dimensión humana e intelectual, especialmente ante quienes no llegaron a conocerlo.

Hay que decir, en primer lugar, que Filebo era una persona para quienes lograron estar cerca de él, y otra distinta para quienes recibieron sus dardos como comentarista o sus enojos propios de un intelectual apasionado. Era de aquellos que, de lejos se ven apacibles, pero son capaces de estallar con santa indignación cuando lo consideran necesario.

El ya citado colega Enrique Ramírez escribió que Luis Sánchez Latorre “reía con sus sornas”. Y no eran menores, aunque de fina agudeza, como cuando hablaba “únicamente de la solapa de un libro recién editado o de su tamaño”. En oportunidades, comentó Ramírez, “yo rezaba por los dolores del autor criticado”. En el diario, “muchos le temían. Los escritores, avezados o jóvenes. Los reporteros, a quienes obligaba a rehacer seis o siete veces sus crónicas.... Reconozco su magisterio en esos escritorios con ventanal desentonado a una calle humeante. Balcón para ver las tormentas políticas. ... Romances en cafés aldeaños. Bohemia en «El Ciclista», «Inés de Suárez», «El Congreso» y «El Zepellín». Y las mil y una noches de los “7 machos”,...”

Es tarea imposible, a estas alturas, recrear completamente ese ambiente en que se mezclaba la atracción del cotidiano trabajo periodístico con el apasionamiento de la vida bien vivida. Como señaló Braulio Arenas [1] al referirse a “Los expedientes de Filebo”, un aspecto sobresaliente de su obra es justamente su capacidad de combinar lo inmediato con lo permanente.

Escribió:

“La definición de la actualidad inmediata debe estar presente en el trabajo periodístico, así como presente también su interés directo y su momentánea eficacia. Sin embargo... su obra, a pesar de registrar el instante, mantiene, para la relativa eternidad del libro, una perdurable vigencia”.

También subraya Arenas otras características. Recuerda que fue hombre de seudónimos múltiples. Aparte de “Filebo”, que extrajo de Platón (cuya tesis es que “el género del placer y del goce abarca toda la vida buena de los seres vivos”), firmó muchas crónicas como Samuel Pepys. Pero también “desfilan por sus artículos nombres tan inverosímiles como los de Ebagrio Colodrillo y Asclepiodoto Cabezón.... Personajes, dice Arenas, que interrumpen de pronto una frase sesuda para discutir por su cuenta y riesgo sobre otras materias que, a la postre, van a rematar en el mismo período interrumpido”.

El resultado, explica, es un estilo único e irrepetible, que crea “por veces, una atmósfera delirante”. Es la poderosa y explosiva mezcla que define por completo a Sánchez Latorre: la ironía, el humor, la perspicacia del observador agudo y el análisis informado de lo que comenta.

Hay más.

El Consejo Nacional del Colegio de Periodistas de Chile encomendó en junio de 1991 un "Informe Sobre la Prensa y los Derechos Humanos". La responsabilidad recayó en la "Comisión Verdad y Periodismo", integrada por siete periodistas, uno de los cuales era Luis Sánchez Latorre.

El grupo culminó su tarea en 1992, con un documento duro e implacable acerca de las gravísimas restricciones a la libertad de prensa durante los años de la dictadura, incluyendo violaciones a los derechos humanos de periodistas exiliados, torturados o hechos desaparecer, sin callar tampoco algunas falencias del gremio. Al final, el documento del grupo hace algunas recomendaciones que cito en parte.

En ellas, se puede reconocer no solo la pluma magistral de Filebo, sino también su visión, más que del pasado, del futuro de Chile.

Dice:

“Queremos resumir nuestro pensamiento a cada uno de los sectores involucrados en el proceso de la comunicación social.

A los periodistas:

No podemos pretender suplantar a los gobiernos en la conducción del país. Nuestra tarea primera es informar y explicar, para ayudar a decidir.

Debemos dejar de lado el pretendido derecho a siempre decir la última palabra y aceptar las críticas cuando son justas, recibiendo la valiosa opinión del público.

Valoremos la noticia por lo que realmente es y no por lo llamativa o vendedora. No olvidemos que en definitiva somos nosotros mismos los que educamos los criterios sobre lo que debe o no ser llamativo en un medio de comunicación.

El periodismo que viene podrá ser tecnológicamente mejor pero nada podrá separar al periodista de su meta primera: servir a todo el público con la verdad. El público informado es, en última instancia, la única salvaguardia de la libertad que necesitamos para cumplir nuestra tarea”.

Estas recomendaciones siguen siendo válidas. La pasión por el servicio a la sociedad democráticas, la defensa de la libertad y el énfasis en la responsabilidad ética son aspectos

insoslayables e irrenunciables para todo periodista y me alegra mucho insistir en que Luis Sánchez Latorre no solo creía en estos principios, sino que los practicó fielmente durante toda su vida.

Para cerrar este homenaje, no sólo necesario sino que muy sincero, me acojo a lo que escribió el escritor y ensayista Jorge Arturo Flores:

“En la historia literaria quedará plasmado el nombre de Luis Sánchez Latorre como un gran cronista, un escritor que trató de escribir con decoro, donde la síntesis, la brevedad, la anécdota, el buen humor y la ironía refulgen como condiciones esenciales....